

LA MANADA

de **Daniel Dimeco**

Premio **Max Aub de Teatro en Castellano Ciutat de València** 2016

*Llevamos la gran cama de matrimonio al establo entre los tres y
la alzamos para apoyarla contra las vigas,
donde la dejamos encadenada hasta el día en que pueda ser necesaria - J.M. Coetzee*

Personajes:

ANDRIES / 30 años

VERA / 29 años

HELEN / 28 años

21 de enero. Se vive uno de los veranos más calurosos que recuerdan en el Karoo. Las lluvias no descuelgan su llanto y la calima que envuelve a los pocos seres vivos que salen a la superficie, los decapita. Por el cielo pasa alguna que otra nube blanca, proyectando su sombra sobre las arenillas de este territorio en medio de ninguna parte. El ganado se dispersa buscando pastos tiernos y se interna enloquecido de sed en el río Sondags hasta que la corriente lo arrastra. A pesar de que las ventanas de la casa de los Oonde van Graan permanecen abiertas en las horas más frescas, las pieles arden con el roce del aire del desierto y los muros irradian fuego. Por las noches se eleva la sinfonía de los grillos cortejándose y el runrún monótono de las cigarras copulando hasta morir inundan los silencios durante el día.

(Fragmento de la obra)

MIEDO

¿Qué he estado haciendo en esta frontera de barbarie? - J.M. Coetzee

Vera se flagela en silencio por la culpa y acepta dócilmente el castigo de Dios mientras afila los cuchillos para abrir la carne para el almuerzo.

Andries entra con las manos ensangrentadas.

ANDRIES.- Hemos terminado.

VERA.- ¿Cuántas?

ANDRIES.- Siete.

VERA.- *(Anotando en una libreta que lleva en el bolsillo del mandil).* Ya van cincuenta y tres... ¿Las habéis metido en el frigorífico?

ANDRIES.- No caben más.

VERA.- Acarreadlas detrás del cementerio y les esparcís cal por encima.

ANDRIES.- Mohapi dice que a las muertas habría que dejarlas donde caen y que se pudran ahí.

VERA.- No es más que un ovejero.

ANDRIES.- Tanto olor a carne muerta...

VERA.- Todo el desierto anda devorándose...

ANDRIES.- Vimos a un buitre atragantado con el ojo de un cordero moribundo. Le dio tal picotazo que se lo arrancó de cuajo... Hink y Nefertoo lo espantaron con los ladridos, pero acabó llevándose el premio en el buche.

VERA.- Llevaos los perros y traed a la sombra a las que anden dispersas por el campo y aseguraos de que beben agua.

ANDRIES.- No soy uno de tus negros.

HELEN.- El esquilador se te rebela.

Andries sale.

VERA.- No te oí llegar.

HELEN.- Me encontré con Thandiwe que venía del molino con un balde de agua para la huerta.

VERA.- No sopla ni brizna de viento y se nos está acabando el agua.

HELEN.- ¿Estás bien?

VERA.- Sí.

HELEN.- ¿Qué haces?

VERA.- Nada.

HELEN.- Me apetecía tomar un café contigo.

VERA.- Ahí tienes. Está recién hecho.

HELEN.- ¿Quieres?

VERA.- No.

Silencio.

HELEN.- ¿Pan y mermelada?

VERA.- Allí. De higos.

Silencio.

HELEN.- ¿Qué te ocurre?

VERA.- Nada.

HELEN.- Cuéntame.

VERA.- ¿Y a ti? ¿Qué te pasa?

Silencio.

HELEN.- Siéntate un rato.

VERA.- Tengo cosas que hacer.

HELEN.- Me acabas de decir que no hacías nada.

Silencio.

Salgamos al jardín.

VERA.- Hace cuarenta grados ahí fuera.

Silencio.

HELEN.- Caminemos hasta el río.

VERA.- O llueve antes del domingo o no queda ni una oveja en pie. Los pastos están
resecos... Y las cigarras...

HELEN.- En Graaff-Reinet también se las oye.

Silencio.

VERA.- ¿Crees en el castigo de Dios?

HELEN.- Eh...

VERA.- He hecho cosas malas.

HELEN.- ¿Qué cosas?

VERA.- La sequía es el castigo...

HELEN.- ¿Dios nos está achicharrando por tu culpa?

Silencio.

VERA.- Cornelius, pobre Cornelius... Se mata trabajando y yo le hago esto...

HELEN.- Vera, las sequías se deben a otros motivos...

VERA.- Dios lo ve todo...

HELEN.- Seguro que no es tan grave.

VERA.- ¡He hecho cosas malas!

HELEN.- De acuerdo, de acuerdo...

VERA.- Si padre viviera me diría lo que hacer en este momento.

HELEN.- Te pondría de rodillas a rezar mirando la cruz. Eso ya lo haces sin su consejo.

VERA.- Me refiero a las ovejas.

HELEN.- Las llevaría a la orilla del Sondags. Allí hay pastos verdes.

VERA.- Las muy tontas se internan en el río y desaparecen corriente abajo. Como si desearan desprenderse de su propio cuerpo.

HELEN.- Les metería una bala entre ojo y ojo como en las tómbolas de feria.

VERA.- No es cierto.

HELEN.- Se le daba muy bien.

VERA.- Nunca habría hecho algo así.

HELEN.- Bah, ponlo en el altar que quieras.

Silencio.

HELEN.- ¿Qué vas a cocinar?

VERA.- Bredie de cordero con verduras. ¿Te quedas?

HELEN.- ¿Te acuerdas cómo hicimos ese agujero?

VERA.- Con la cuchara de plata de cuando mamá era pequeña.

HELEN.- Se nos partió en dos.

VERA.- Se *te* partió en dos.

HELEN.- Y no pudimos acabar de hacer el túnel.

VERA.- Thandiwe nos pilló.

HELEN.- No la escuché entrar...

VERA.- Pásame una cuchara más grande, me decías.

HELEN.- Estaba tan ilusionada con llegar al jardín...

VERA.- Y Thandiwe, de pie en ese escalón, mirándonos con la frente arrugada, sudada,
como si estuviéramos asando un cordero robado.

HELEN.- *Panzekani?*

VERA.- Kwenzekani? Y no me gusta que la imites.

HELEN.- *Mi familia no habla el dialecto de los hotentotes...*

VERA.- A padre tampoco lo imites...

HELEN.- *Nuestro idioma es el afrikáans, el de nuestros antepasados...*

VERA.- Shshsh...

HELEN.- Papá me habría azotado si se hubiese enterado de que aprendía zulú.

VERA.- A mí no me castigó y sabía que lo entendía.

HELEN.- Tú siempre fuiste la predilecta.

VERA.- No es verdad.

HELEN.- Sí lo es.

VERA.- No lo has aprendido con tu...

HELEN.- Nos entendemos perfectamente en inglés.

Silencio.

VERA.- Kwenzekani?

HELEN.- No me ocurre nada. Kwenzekani?

VERA.- Estoy bien.

HELEN.- Tienes ojeras. ¿Duermes bien?

VERA.- No. Y tú tampoco tienes buena cara.

HELEN.- Dormí en el coche.

VERA.- ¿Te ha echado de casa? No te habrá puesto una mano...

HELEN.- No, nada de eso...

VERA.- Jamás entenderé por qué estás con él...

HELEN.- En el coche se está más fresco... Me gusta ver el cielo cambiando de rosas a malvas hasta el dorado...

VERA.- Si vivieras en una casa decente, en un barrio decente, con un hombre decente...

HELEN.- uMasizakhe es un barrio muy decente. Y nos gusta follar en el coche porque los cuerpos se sienten más. Hay tan poco espacio que acabamos pareciéndonos a dos serpientes del Karoo, enredadas y asfixiadas...

Silencio.

Vera vuelve a limpiar la misma esquina de la mesa.

VERA.- ¿Qué miras?

HELEN.- ¿Cornelius está en la granja?

VERA.- En Port Elizabeth.

HELEN.- ¿Cuándo vuelve?

VERA.- Está de regreso.

Andries entra.

ANDRIES.- Sigues aquí...

HELEN.- No, me he ido.

VERA.- ¿Qué ocurre?

ANDRIES.- Nada.

HELEN.- ¿Quieres café?

VERA.- No, no quiere café.

ANDRIES.- Necesito hablar contigo.

VERA.- Estoy ocupada.

ANDRIES.- Es importante.

VERA.- ¿Algo de la granja?

ANDRIES.- No.

VERA.- Más tarde entonces.

ANDRIES.- Quiero un café. Y bien caliente. El ardor se quita con el ardor.

HELEN.- Tienes sangre en las manos.

ANDRIES.- He estado ayudando a Mohapi y a Msikoli.

HELEN.- ¿A qué?

ANDRIES.- A desollar las ovejas muertas.

HELEN.- ¿A desollarlas?

ANDRIES.- Eso he dicho.

HELEN.- ¡Qué morbo! Cuéntame detalles.

ANDRIES.- Luego.

HELEN.- Quiero verlas. ¿Están en la barraca?

VERA.- Apura el café y vuelve a tu trabajo.

ANDRIES.- Al amanecer, para que no se nos adelanten los chacales y el calor, recorreremos el campo en busca de cadáveres. Los apilamos en la parte trasera de la camioneta y los acarreamos hasta la barraca. Los colgamos boca abajo de un gancho atornillado a una de las vigas centrales. Mohapi les hace un tajo desde el culo hasta la barbilla.

Agarra los bordes de la piel abierta a la altura de las ingles y descarga todo su peso.

El cuero se despega y sale por la cabeza como si fuera un jersey.

HELEN.- Me las imagino chillando de dolor.

ANDRIES.- Están muertas.

VERA.- Cornelius llamó desde Jansenville.

ANDRIES.- Los cerdos mueren chillando. Las ovejas lo hacen en silencio.

HELEN.- Ni siquiera protestan frente a la muerte.

ANDRIES.- Las venas se les revientan y la piel se les llena de filamentos rojos.

HELEN.- ¡Qué asco!

ANDRIES.- Dantesco.

HELEN.- Me gusta tu olor a carnero...

VERA.- Cornelius llegará de un momento a otro.

ANDRIES.- Los ojos de las reses muertas se tornan aún más saltones en esa desnudez escalofriante de cuerpos pelados. Pareciera que sus músculos quieren hablar. Y los cuerpos danzan un baile extraño allí arriba.

HELEN.- Eres duro, un verdadero bóer. De los que le gustan a Vera.

ANDRIES.- La lengua les cuelga por uno de los lados de la boca y siempre hay una mosca recorriéndoles el hocico...

(Continúa)